

RAFAEL ARGULLOL

VISIÓN DESDE  
EL FONDO DEL MAR

BARCELONA 2010



ACANTILADO

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2010 by Rafael Argullol Murgadas  
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, barca hundida en la isla de Symi,  
fotografía de Rafael Argullol

ISBN: 978-84-92649-59-4  
DEPÓSITO LEGAL: B. 28 880-2010

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

# LIBRO I

## 1.

### SALIVA

Podría empezar así:

SU MITOGRUPO ES EL U<sub>5</sub>.

Usted pertenece al mitogrupo U<sub>5</sub>, el cual forma parte del supermitogrupo U. Todos los miembros del U<sub>5</sub> pueden rastrear su ADN mitocondrial hasta llegar a una única mujer que, se supone, vivió hace unos cincuenta mil años, probablemente en algún lugar del Próximo Oriente. Esta mujer se incorporó a un colectivo de cazadores nómadas que colonizó Europa y parte de Asia varios milenios antes del inicio de la agricultura, ocurrido hace diez mil años aproximadamente. De acuerdo con muchos científicos el mitogrupo U<sub>5</sub> estaba presente entre los primeros seres humanos que se establecieron en Europa.

Recuerde que el ADN mitocondrial se hereda solamente de madre a hijo y que a través de él todos los seres humanos se remontan hasta una mujer, a la que se llama Eva Mitocondrial, que vivió en África hace unos ciento noventa mil años.

También podría empezar desde el otro lado:

SU GRUPO-Y ES EL R<sub>1b</sub>.

Usted pertenece al grupo-Y R<sub>1b</sub>, el cual forma parte del supergrupo-Y P. Todos los miembros del grupo-Y R<sub>1b</sub> pueden rastrear sus cromosomas Y hasta alcanzar a un hombre que vivió hace unos treinta y cinco mil años. Este hombre estaba integrado en un conjunto de cazadores nómadas que se hallaban entre los primeros en llegar y colonizar Europa. Al parecer se refugiaron en el sur de Francia y el norte de la península Ibérica durante la última Edad de Hielo. Finalizada ésta, hace quin-

ce mil años aproximadamente, sus descendientes se repartieron por las regiones de Europa que habían quedado deshabitadas en la época glacial.

Recuerde que el ADN cromosoma Y se hereda solamente de padre a hijo y que a través de él todos los seres humanos se remontan hasta un varón, al que se denomina Adán del Cromosoma Y, quien vivió en África hace unos noventa mil años.

O sea que de nuevo tenía a Adán y Eva a mi alcance, y todo gracias a unas poquitas gotas de saliva. No eran, desde luego, los pobres Adán y Eva del tremebundo relato bíblico que me enseñaron en la escuela ni los que había visto aquí y allá, perplejos y avergonzados, en los cuadros de los museos, pero, después de todo, en algo se les parecían, lo que, tras tantos años de escepticismo filial, resultaba excitante.

Miré la foto del doctor Kari Stefansson que aparecía en la pantalla del ordenador, en un pequeño recuadro, junto al texto de los mensajes, y tuve la impresión de que aquel hombre de cabello cano y ojos penetrantes debía de desempeñar un papel muy semejante al de nuestro anónimo redactor del Génesis.

El doctor Kari Stefansson era el director ejecutivo de la empresa islandesa deCODEme, especializada en la investigación genética. Esta empresa, algo inquietante pese a la tranquilizadora mirada del doctor Stefansson, descifraba los códigos genéticos de los clientes que lo solicitaban con la misma lógica con que aquellos tenaces genealogistas de antaño, siempre engrandeciendo un poco tramposamente el pasado, hurgaban en los apellidos en busca de escudos y estirpes. Con la diferencia de que Stefansson y los suyos no te arrastran por los siglos, como los modestos genealogistas, sino por los milenios.

Y con una celeridad casi increíble.

El doctor Stefansson ya está aquí, dentro de mi casa, con noticias de hace cien mil años, mientras hace tan sólo un mes no sabía ni quién era él ni, por supuesto, qué empresa dirigía.

Fue una decisión rápida y un poco alocada la que tomé entonces. Un amigo aficionado a los descubrimientos científicos

me trajo la información. Nos desafiamos a que uno de los dos pidiera su código genético, un poco como los niños disputan por la tableta de chocolate. Lo echamos a suertes. Perdí la apuesta. Escribí a deCODEme, en Reykiavik. A los diez días recibí un bonito sobre acolchado con instrucciones, dos espátulas y un envase plano donde debía adherir unas gotitas de saliva. Raspé la mucosa de mi boca, a derecha y a izquierda, con las espátulas, de modo que la saliva extraída quedara pegada en el envase. Reenvié el sobre acolchado a Reykiavik por correo certificado, tal como me solicitaban en las instrucciones. Y casi me olvidé del asunto.

14 de junio de 2008. BCN. Hoy, tres semanas después de expedir las gotitas de saliva, el doctor Kari Stefansson está aquí, con el nuevo Génesis bajo el brazo. Ha empezado a comunicármelo por correo electrónico a las once de la mañana y no ha acabado hasta tres horas más tarde, habiendo intercalado, eso sí, varias pausas que señalaban la irrupción de un nuevo capítulo. Ahí tengo, pues, en mi poder, sin saber muy bien para qué, lo que Stefansson denomina, con cierta embarazosa pomposidad, Linaje Femenino, Linaje Masculino, Geografía de los Ancestros, Características, Patrones de Conducta y, un tanto siniestro, Perfiles de Riesgo, el capítulo más temido, pues no habla del pasado sino del futuro.

¡Me alegro de tener conmigo, otra vez, a Adán y a Eva! Los había extraviado en el vértigo del evolucionismo, entre esas manadas de primates que se esforzaban temerariamente para llegar a ser humanos. Sin embargo, querido doctor Stefansson, en su Génesis hay desajustes sorprendentes, además de alteraciones que llenan, supongo, de ira a los entrañables fanáticos que se toman la Biblia al pie de la letra. En su relato, Stefansson, Eva ya no sólo no nace de la costilla del primer hombre, enviada por Dios para hacer compañía al solitario del Paraíso, sino que además le toma una fenomenal delantera a Adán.

Tal como están las cosas en nuestros días, puedo entender perfectamente que la primera mujer vaya muy por delante del primer hombre, pero ¿tanto, Stefansson? Repaso los números

y, si sus cálculos son acertados, tengo que llegar a la conclusión de que mi primera madre, esa Eva Mitocondrial de la que me habla, se adelantó en cien mil años a mi primer padre, de horrible nombre, Adán del Cromosoma Y.

Eso, Stefansson, lo reconozco, me ha desconcertado bastante y el hecho de que los dos vivieran en el mismo continente no ha bastado para calmarme. ¿Qué pasó en esos cien mil años en los que, según usted, los seres humanos teníamos madre pero no teníamos padre? Creo que en su información se da a entender que éramos en cierto modo bastardos o que nuestra sólida madre y sus sucesoras se pasaron un buen número de milenios sin encontrar hombres de su misma solidez, capaces de dar por inaugurada la especie humana por parte masculina.

Seguramente estoy equivocado, amigo Stefansson, y debería ser genetista como usted para no estarlo, pero todo eso me hace imaginar un panorama llamativo de mujeres firmes, resueltas a asegurar el futuro del empeño humano, y de varones dubitativos, vacilantes ante la continuidad de una herencia que no sabían adónde conducía y quizá con temprana añoranza de las ramas de los árboles de las que habían descendido para corretear sin demasiado sentido por las praderas africanas.

Puede que la melancolía y la brutalidad del macho se desarrollaran ya en esta interminable etapa de incertidumbre. ¿Lo cree así, Stefansson? ¿No podría ser que el macho humano, suspicaz y aun aterrorizado ante la centralidad engendradora de la hembra, desarrollara un carácter taciturno y un instinto depredador, de modo que tras cada violencia se lanzara a melancólicas y vengativas meditaciones sobre su difícil condición de macho? Jugaba, cazaba, guerreaba, masacraba y luego se entristecía con los callados suspiros que se incrustaban en su pensamiento, su forma de preparar lo que con el tiempo se llamaría arte. Ella, la hembra, también jugaba, aunque su juego favorito era hurtarle al varón los secretos de la tierra que ella dominaba sin necesidad de ser enseñada o de arrebatárselos a alguien.

Puedo imaginar esos cien mil años en África, con ella, la mujer, sabiendo tozudamente lo que hacía y con él, el varón, deses-

perado, entre alardes, por no saberlo. Le apuesto lo que quiera, doctor Stefansson, a que fue él, y no ella, quien empezó a hacer correr bulos por la sabana y comenzó a afirmar que éramos hijos de un tiempo que nos consumía con el paso de las lunas y de los soles y que la muerte, en lugar de ser un acto puro de regreso a la tierra, era un asunto sobre el que se había de reflexionar, ya que implicaba eso y aquello y lo de más allá, e incluso no había que descartar que hubiera otros mundos fuera de éste y otros seres más poderosos, los hasta entonces desconocidos dioses.

¡Qué podían importarle, Stefansson, a la mujer esos delirios masculinos, con ultramundos y dioses, si ella estaba segura de su poder aquí, en la Tierra! Aún hoy las mujeres se quejan poco de la muerte y cuando se lamentan de ella nunca lo hacen con los lastimosos desvaríos con que nos lamentamos nosotros, los hombres, sino siempre en relación con fallecimientos palpables y concretos. Es muy posible que los varones hayamos avanzado escasamente con respecto a nuestros antecesores de las praderas africanas, si bien hacemos gala de un decoro, una moral y una civilización, o de una hipocresía, que aquéllos no tenían.

Cuando volvían de la caza y de la guerra fornicaban con las mujeres y luego sentían eso que usted, Stefansson, no ignora y que los franceses, muy adecuadamente, han llamado *petite mort*. Y cada pequeña muerte llevaba de nuevo a la gran muerte, a la caza, a la guerra, a las expediciones de rapiña. Así nació la épica, antes de que el mundo oyera cualquier verso. La mujer sufría pero también se alegraba y se consolaba, pues poseía el centro de la vida.

¿Ha pensado alguna vez, doctor Stefansson, mientras elaboraba sus códigos genéticos, de qué somos fruto usted y yo, teniendo en cuenta que el cauce se remonta hasta nuestro primer padre, Adán del Cromosoma Y, y mucho más remotamente hasta nuestra primera madre, Eva Mitocondrial? ¿Ha imaginado las escenas que hubieran de darse, durante aquellos cien mil años africanos para que usted y yo estemos aquí?

Tal vez se sorprenda si le digo que, a pesar de todo, hubo amor. Debíó de haber muchas tiernas miradas bajo las lunas

africanas. El resto fue violencia: la ley del más fuerte, el botín de guerra, una violación tras otra. ¿Acaso cuando nuestros antepasados saltaban de una rama a otra no eran también así? ¿Cuántas violaciones nos preceden y cuántos actos de amor? No es improbable que dentro de cien años otro doctor Stefansson, sucesor suyo, descifre códigos genéticos con dicha información.

¿Cuántas horas de violencia y amor fueron necesarias para que el río fuera alimentándose de millones de afluentes hasta trasladarnos aquí a usted y a mí?

Usted, doctor Stefansson, es biólogo: sabe de las escasísimas probabilidades que tiene un embrión de llegar a ser eso, un embrión. Para que esto suceda, la filigrana que realiza la naturaleza implica eliminar un aluvión de embriones en potencia. Un individuo es concebido a condición de que toda una humanidad espectral no lo sea. Si esto es así en el marco de una sola generación, fantasee, doctor Stefansson, con las probabilidades de que el cauce que desemboca en usted haya sorteado todos los obstáculos a lo largo de los cien mil años africanos. Lo normal es que uno de los actos de amor, o una de las violaciones, no se hubiera producido, interrumpiéndose así el curso del río. Una sola interrupción, Stefansson, y usted no existiría. Y otro tanto, por supuesto, podemos decir de mí.

Somos una anomalía, querido Stefansson, y esto es lo admirable y misterioso.

Releo su relato y las dudas no se desvanecen con la llegada de los míos a Europa. La que podríamos llamar mi segunda madre, la hembra que encabeza el mitogrupo U5, alcanzó este continente hace cincuenta mil años, mientras que mi segundo padre, el macho que lidera el grupo Y R1b, llegó bastante más tarde, hace treinta y cinco mil. Quince mil años de oscuridad no son pocos: quizá las montañas y valles europeos ofrecían todavía menos posibilidades de confluencia que las praderas africanas. Pero, en fin, lo que cuenta es que en medio del azar más desbordado, con casi todas las probabilidades en contra, la simiente tuviera su oportunidad de fecundar la tierra.